

ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

I Seminario de Análisis Crítico de la Realidad Argentina 1984 -1999

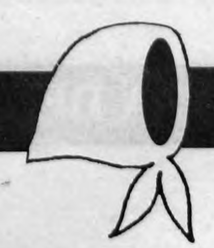
Sandra Cartasso



INES VAZQUEZ

“Relaciones entre ética y política en la postdictadura”

Página/12



ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

"Relaciones e[...] política en la p[...]

INES VA[...]

De los muchos modos de abordar el tema de las relaciones entre ética y política he elegido un segmento ligado a nuestra experiencia directa, la acción de las Madres de Plaza de Mayo, que tiene el doble atractivo de constituir un espacio fundamental en la construcción de una sociedad justa, a la vez que permanece prácticamente intocado por los estudios habituales sobre el movimiento social, la práctica política o la organización de los sectores populares, más allá de sentidas declaraciones de reconocimiento en torno a su lucha.

Quisiera partir, entonces, del análisis de una herramienta concreta producida por ellas en su desarrollo histórico para, desde allí, establecer relaciones entre los conceptos de ética y de política. Me refiero a la marcha circular alrededor de la Pirámide, parte de un práctica en muchos sentidos inédita, a veces reconocida, a veces criticada, pero no suficientemente analizada respecto a la magnitud de sus implicaciones sobre el conjunto de la sociedad. Todo esto ambientado en la postdictadura, es decir, este extenso período –que no condescendemos a llamar democracia–, abierto entre 1984 y el presente.

Me interesa indagar con ustedes cómo algunos aspectos de estas prácticas de lucha ponen en cuestión ciertas ideas básicas de la izquierda. No sugiero que la contradicen en última instancia, sino que la obligan -nos obligan- a pensar su forma de intervención activa, de acuerdo a una realidad diferente a la tradicionalmente imaginada. Pensar, por ejemplo, la impronta de la circularidad en una propuesta política fundada en la progresión, la acumulación de fuerzas, el escalonamiento cuanticualitativo de las etapas históricas. Y viceversa, ¿cómo responde esa tradición de avance, gradual o disruptivo, frente a una marcha que apela a la repetición cíclica?

Comencemos por la marcha circular alrededor de la Pirámide. Me gustaría que nos ubicáramos mentalmente en ese acto: dar vueltas a la Plaza. Presumo que la mayoría de ustedes ha participado de esta manifestación de los jueves, o de alguna de las 18 Marchas de la Resistencia, del mes de diciembre. Si no es así, tómenlo como una exploración imaginaria que, después, pueden poner acto. Hago énfasis en promover nuestra ubicación imaginaria en la marcha porque lo que particularmente busco que analicemos juntos es la amplificación lograda por esta –ronda– de un puñado de Madres, después de muchas Madres y luego, en la postdictadura en especial, muchas veces nuevamente de un puñado de Madres. Analizar, entonces, qué nos dice a los otros que no somos las Madres este constante giro sobre un eje. Qué le dice a la izquierda, qué a los sectores populares.

Estamos en plena plaza, jueves o diciembre, las emociones seguramente serán intensas y variadas, las dejamos instalarse, pero esta vez para pensar qué nos representa dar vueltas en redondo.

Daré algunas pistas para el análisis.

En la cultura occidental existe una serie de asociaciones mentales no del todo favorables respecto del espacio circular. Desde esa óptica, suele afirmarse, que no hay "círculos virtuosos", al parecer, son todos unos "viciosos". Y aquí me gustaría apuntar una primera aproximación a la dimensión ética: algunas escuelas filosóficas, como la de Platón o la de los estoicos, consideran que la ética deslinda tajantemente entre vicios y virtudes. Para el primero, la virtud era sobre todo búsqueda del bien, para los segundos, la virtud encerraba el don de la sabiduría. Así, la virtud, como la buena conciencia, parece ser recta y el vicio, redondo.

¿Por qué un círculo tenga que ser vicioso? Aparentemente, porque permanece o está en sí mismo, porque cuando se cree que termina, en ese preciso momento vuelve a comenzar, porque en él no habría proyección sino eterno retorno y, como sabemos, el vicio insiste en agravarse. Estas imágenes: permanecer idéntico a sí mismo, perdurar, ser íntegro, no expresan, con necesidad, una carga negativa, salvo para una concepción del mundo excluyentemente teleológica, es decir, que piensa que el ser humano y su devenir se mueven hacia fines trascendentes, previsibles o necesarios. Digamos que toda la temporalidad occidental está marcada por esta concepción; el tiempo, particularmente desde el cristianismo en adelante, tiene una representación lineal, nacemos para morir, etc.

Tomo un solo ejemplo de una visión alternativa. Entre los náhuas del Antiguo México, la vida proviene naturalmente de la muerte, Quetzalcóatl, el dios creador, realiza un viaje a Mictlan, –la región de los muertos– en busca de "los huesos preciosos" de los antepasados, que servirán para la formación de los nuevos "macehuales", es decir, la renacida generación humana que inicia un quinto sol, después de cuatro creaciones terminadas en cataclismo.

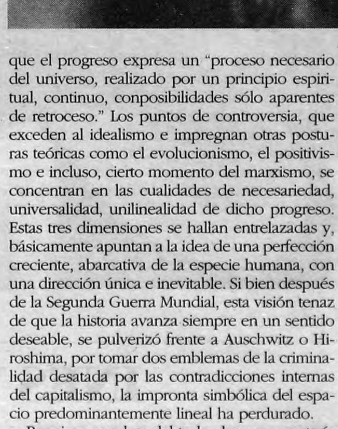
Durante el Renacimiento europeo, etapa que suponía un avance respecto del período medieval, pero se reclamaba inserta en un pasado histórico grecolatino del cual .renacía., otorgándole un cierto matiz cíclico a ese desarrollo; durante ese período, decía, Dante Alighieri asocia círculo con anillos del infierno. Lo que conduce a la salvación comporta un desarrollo lineal, lo que nos condena bajo la forma del encierro y el sin-fín, recurre a imágenes circulares. Hago estas referencias un poco salpicadas para resaltar de qué fondo simbólico está surgiendo la actual valoración negativa de la forma círculo. Sin embargo, una referencia directa del espacio cultural europeo contradice esta negatividad. Veamos el relato que hace Plutarco de la fundación de Roma: .Rómulo envió a buscar constructores a Etruria para que le instruyeran en las costumbres sacras y escribieran las normas acerca de todas las ceremonias que habrían de observarse en la misma forma –que en los misterios–. Primeramente cavaron un hoyo circular, donde el Comitium, o



> *Desde hace 23 años, todos los jueves, las Madres de Plaza de Mayo y un número variable de manifestantes reproducen ese gesto circular, sobre una superficie que sigue siendo el centro del poder político en nuestra sociedad.*

Tribunal de la Asamblea, está hoy día, y en ese hoyo arrojaron ofrendas simbólicas de frutos de la tierra. Luego, cada hombre cogió un puñado de tierra del campo de donde procedía y los echaron mezclados en el hoyo. Al hoyo se le dio el nombre de mundus (que también significa cosmos). Alrededor de él Rómulo trazó en círculo los límites de la ciudad con un arado arrastrado por un toro y una vaca. Allí donde se proyectaba una puerta, levantaba la reja y el arado pasaba de largo."

En líneas generales, para la tradición occidental, esta visión positiva del espacio circular va siendo opacada por otra cuyo símil geométrico podría ser la línea recta, me refiero a la idea de progreso. Veamos algunas definiciones más o menos clásicas. En el Diccionario Político de Norberto Bobbio encontramos una síntesis que no ofrece mayores controversias. –Progreso: Movimiento gradual hacia un objetivo deseable–. Según otros autores, la idea de progreso se hallaba ausente en la Grecia Antigua, cobrando entidad a partir del Renacimiento, con un fuerte impulso, en el siglo XVIII, de manos del Iluminismo, hasta alcanzar su mayor predicamento durante el siglo XIX. Tal vez el punto más controvertido respecto a la idea de progreso se encuentre en la formulación que de él hace el idealismo filosófico; siguiendo nuevamente a Bobbio, tenemos que el progreso expresa un "proceso necesario del universo, realizado por un principio espiritual, continuo, conposibilidades sólo aparentes de retroceso." Los puntos de controversia, que exceden al idealismo e impregnan otras posturas teóricas como el evolucionismo, el positivismo e incluso, cierto momento del marxismo, se concentran en las cualidades de necesariedad, universalidad, unilinealidad de dicho progreso. Estas tres dimensiones se hallan entrelazadas y, básicamente apuntan a la idea de una perfección creciente, abarcativa de la especie humana, con una dirección única e inevitable. Si bien después de la Segunda Guerra Mundial, esta visión tenaz de que la historia avanza siempre en un sentido deseable, se pulverizó frente a Auschwitz o Hiroshima, por tomar dos emblemas de la criminalidad desatada por las contradicciones internas del capitalismo, la impronta simbólica del espacio predominantemente lineal ha perdurado.



Por si no quedara del todo claro, me gustaría puntualizar que no estamos descalificando de manera definitiva la concepción de que la realidad pueda discurrir en un sentido deseable o de superación de determinadas contradicciones –y sobre esto volveremos cuando revisemos el aspecto político de nuestra discusión de hoy–; lo que tratamos de advertir es la generalizada tendencia de nuestra cultura a eclipsar las manifestaciones simbólicas y materiales ligadas al espacio circular.

A otras culturas el círculo no les traduce ideas de encierro, sino de contención y equilibrio. Tampoco sugiere falta de transformaciones. La escuela de psicología profunda, por su parte, ha relacionado al círculo o la esfera con el símbolo del sí mismo. En el área de los estudios orientales abundan las referencias al mandala, de origen tibetano (que significa literalmente círculo), extendido también a otras culturas próximas, como representaciones del vínculo entre el ser humano y las fuerzas cósmicas. En ese sentido, el mandala se organiza como una imagen del mundo; en la realización del ritual, el ingreso a un mandala equivale al inicio de una "marcha hacia el Centro", entendiendo por centro un espacio sagrado de contacto posible entre el yo y el universo. También los mandala ofician de soporte o apoyo para la meditación.

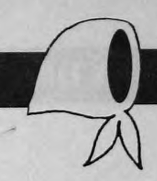
> *El núcleo del recl[...] por las Madres[...] defensa de prin[...] la vida como in[...] y por lo tanto [...] insustituible; la j[...] condición de e[...] la comun[...]*

Por su parte, el I Ching, conocido como el Libro de las Mutaciones, muestra entre los chinos, una concepción milenaria de cambio permanente dentro de una estructura cíclica. Cada hexagrama está inscripto en una rotación que pretende dar cuenta de las diversas transformaciones de la realidad, en base a una concepción sincrónica de sus determinaciones. Y, preciso es decirlo, la sincronía, la noción de un tiempo simultáneo, rompe la linealidad.

Desde hace 23 años, todos los jueves, las Madres de Plaza de Mayo y un número variable de manifestantes reproducen ese gesto circular, sobre una superficie que sigue siendo el centro del poder político en nuestra sociedad. Vuelvo a las preguntas, ¿qué imágenes nos entrega esta organización dislocada del espacio-tiempo habitual, en pleno trajín burocrático-administrativo de una sociedad capitalista dependiente?

El núcleo del reclamo sostenido por las Madres refiere a la defensa de principios éticos: la vida como innegociable, y por lo tanto como única, insustituible; la justicia como condición de existencia de la comunidad.

Me gustaría que prestemos atención a los términos "defensa" y "principios". ¿Qué nos parece que son los principios? En una primera aproximación diremos que aluden al inicio de algo, a su base o fundamento. Bien, como tales, están presentes en todas las definiciones de la ética, al punto de utilizarse a veces como sinónimos. Distintas escuelas filosóficas, por un lado, distintas culturas, por otro, han desarrollado concepciones éticas a partir de algún principio rector: la búsqueda de la felicidad, la diferenciación entre



ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

“Relaciones entre ética y política en la postdictadura”

INES VAZQUEZ

De los muchos modos de abordar el tema de las relaciones entre ética y política he elegido un segmento ligado a nuestra experiencia directa, la acción de las Madres de Plaza de Mayo, que tiene el doble atractivo de constituir un espacio fundamental en la construcción de una sociedad justa, a la vez que permanece prácticamente intocado por los estudios habituales sobre el movimiento social, la práctica política o la organización de los sectores populares, más allá de sentidas declaraciones de reconocimiento en torno a su lucha.

Quisiera partir, entonces, del análisis de una herramienta concreta producida por ellas en su desarrollo histórico para, desde allí, establecer relaciones entre los conceptos de ética y de política. Me refiero a la marcha circular alrededor de la Pirámide, parte de un práctica en muchos sentidos inédita, a veces reconocida, a veces criticada, pero no suficientemente analizada respecto a la magnitud de sus implicaciones sobre el conjunto de la sociedad. Todo esto ambientado en la postdictadura, es decir, este extenso período –que no condescendemos a llamar democracia–, abierto entre 1984 y el presente.

Me interesa indagar con ustedes cómo algunos aspectos de estas prácticas de lucha ponen en cuestión ciertas ideas básicas de la izquierda. No sugiero que la contradicen en última instancia, sino que la obligan -nos obligan- a pensar su forma de intervención activa, de acuerdo a una realidad diferente a la tradicionalmente imaginada. Pensar, por ejemplo, la impronta de la circularidad en una propuesta política fundada en la progresión, la acumulación de fuerzas, el escalonamiento cuanticualitativo de las etapas históricas. Y viceversa, ¿cómo responde esa tradición de avance, gradual o disruptivo, frente a una marcha que apela a la repetición cíclica?

Comencemos por la marcha circular alrededor de la Pirámide. Me gustaría que nos ubicáramos mentalmente en ese acto: dar vueltas a la Plaza. Presumo que la mayoría de ustedes ha participado de esta manifestación de los jueves, o de alguna de las 18 Marchas de la Resistencia, del mes de diciembre. Si no es así, tómenlo como una exploración imaginaria que, después, pueden poner acto. Hago énfasis en promover nuestra ubicación imaginaria en la marcha porque lo que particularmente busco que analicemos juntos es la amplificación lograda por esta –ronda– de un puñado de Madres, después de muchas Madres y luego, en la postdictadura en especial, muchas veces nuevamente de un puñado de Madres. Analizar, entonces, qué nos dice a los otros que no somos las Madres este constante giro sobre un eje. Qué le dice a la izquierda, qué a los sectores populares.

Estamos en plena plaza, jueves o diciembre, las emociones seguramente serán intensas y variadas, las dejamos instalarse, pero esta vez para pensar qué nos representa dar vueltas en redondo.

Daré algunas pistas para el análisis.

En la cultura occidental existe una serie de asociaciones mentales no del todo favorables respecto del espacio circular. Desde esa óptica, suele afirmarse, que no hay “círculos virtuosos”, al parecer, son todos unos “viciosos”. Y aquí me gustaría apuntar una primera aproximación a la dimensión ética: algunas escuelas filosóficas, como la de Platón o la de los estoicos, consideran que la ética deslinda tajantemente entre vicios y virtudes. Para el primero, la virtud era sobre todo búsqueda del bien, para los segundos, la virtud encerraba el don de la sabiduría. Así, la virtud, como la buena conciencia, parece ser recta y el vicio, redondo.

¿Por qué un círculo tenga que ser vicioso? Aparentemente, porque permanece o está en sí mismo, porque cuando se cree que termina, en ese preciso momento vuelve a comenzar, porque en él no habría proyección sino eterno retorno y, como sabemos, el vicio insiste en agravarse. Estas imágenes: permanecer idéntico a sí mismo, perdurar, ser íntegro, no expresan, con necesidad, una carga negativa, salvo para una concepción del mundo excluyentemente teleológica, es decir, que piensa que el ser humano y su devenir se mueven hacia fines trascendentes, previsibles o necesarios. Digamos que toda la temporalidad occidental está marcada por esta concepción; el tiempo, particularmente desde el cristianismo en adelante, tiene una representación lineal, nacemos para morir, etc.

Tomo un solo ejemplo de una visión alternativa. Entre los náhuas del Antiguo México, la vida proviene naturalmente de la muerte, Quetzalcóatl, el dios creador, realiza un viaje a Mictlan, –la región de los muertos– en busca de “los huesos preciosos” de los antepasados, que servirán para la formación de los nuevos “macehuales”, es decir, la renacida generación humana que inicia un quinto sol, después de cuatro creaciones terminadas en cataclismo.

Durante el Renacimiento europeo, etapa que suponía un avance respecto del período medieval, pero se reclamaba inserta en un pasado histórico grecolatino del cual .renacía., otorgándole un cierto matiz cíclico a ese desarrollo; durante ese período, decía, Dante Alighieri asocia círculo con anillos del infierno. Lo que conduce a la salvación comporta un desarrollo lineal, lo que nos condena bajo la forma del encierro y el sinfín, recurre a imágenes circulares. Hago estas referencias un poco salpicadas para resaltar de qué fondo simbólico está surgiendo la actual valoración negativa de la forma círculo. Sin embargo, una referencia directa del espacio cultural europeo contradice esta negatividad. Veamos el relato que hace Plutarco de la fundación de Roma: .Rómulo envió a buscar constructores a Etruria para que le instruyeran en las costumbres sacras y escribieran las normas acerca de todas las ceremonias que habrían de observarse en la misma forma –que en los misterios–. Primeramente cavaron un hoyo circular, donde el Comitium, o Tribunal de la Asamblea, está hoy día, y en ese hoyo arrojaron ofrendas simbólicas de frutos de la tierra. Luego, cada hombre cogió un puñado de tierra del campo de donde procedía y los echaron mezclados en el hoyo. Al hoyo se le dio el nombre de mundus (que también significa cosmos). Alrededor de él Rómulo trazó en círculo los límites de la ciudad con un arado arrastrado por un toro y una vaca. Allí donde se proyectaba una puerta, levantaba la reja y el arado pasaba de largo.”

Desde hace 23 años, todos los jueves, las Madres de Plaza de Mayo y un número variable de manifestantes reproducen ese gesto circular, sobre una superficie que sigue siendo el centro del poder político en nuestra sociedad.

En líneas generales, para la tradición occidental, esta visión positiva del espacio circular va siendo opacada por otra cuyo símil geométrico podría ser la línea recta, me refiero a la idea de progreso. Veamos algunas definiciones más o menos clásicas. En el Diccionario Político de Norberto Bobbio encontramos una síntesis que no ofrece mayores controversias. –Progreso: Movimiento gradual hacia un objetivo deseable–. Según otros autores, la idea de progreso se hallaba ausente en la Grecia Antigua, cobrando entidad a partir del Renacimiento, con un fuerte impulso, en el siglo XVIII, de manos del Iluminismo, hasta alcanzar su mayor predicamento durante el siglo XIX. Tal vez el punto más controvertido respecto a la idea de progreso se encuentre en la formulación que de él hace el idealismo filosófico; siguiendo nuevamente a Bobbio, tenemos que el progreso expresa un “proceso necesario del universo, realizado por un principio espiritual, continuo, conposibilidades sólo aparentes de retroceso.” Los puntos de controversia, que exceden al idealismo e impregnan otras posturas teóricas como el evolucionismo, el positivismo e incluso, cierto momento del marxismo, se concentran en las cualidades de necesariedad, universalidad, unilinealidad de dicho progreso. Estas tres dimensiones se hallan entrelazadas y, básicamente apuntan a la idea de una perfección creciente, abarcativa de la especie humana, con una dirección única e inevitable. Si bien después de la Segunda Guerra Mundial, esta visión tenaz de que la historia avanza siempre en un sentido deseable, se pulverizó frente a Auschwitz o Hiroshima, por tomar dos emblemas de la criminalidad desatada por las contradicciones internas del capitalismo, la impronta simbólica del espacio predominantemente lineal ha perdurado.

Por si no quedara del todo claro, me gustaría puntualizar que no estamos descalificando de manera definitiva la concepción de que la realidad pueda discurrir en un sentido deseable o de superación de determinadas contradicciones –y sobre esto volveremos cuando revisemos el aspecto político de nuestra discusión de hoy–; lo que tratamos de advertir es la generalizada tendencia de nuestra cultura a eclipsar las manifestaciones simbólicas y materiales ligadas al espacio circular.

A otras culturas el círculo no les traduce ideas de encierro, sino de contención y equilibrio. Tampoco sugiere falta de transformaciones. La escuela de psicología profunda, por su parte, ha relacionado al círculo o la esfera con el símbolo del sí mismo. En el área de los estudios orientales abundan las referencias al mandala, de origen tibetano (que significa literalmente círculo), extendido también a otras culturas próximas, como representaciones del vínculo entre el ser humano y las fuerzas cósmicas. En ese sentido, el mandala se organiza como una imagen del mundo; en la realización del ritual, el ingreso a un mandala equivale al inicio de una “marcha hacia el Centro”, entendiendo por centro un espacio sagrado de contacto posible entre el yo y el universo. También los mandala ofician de soporte o apoyo para la meditación.

Por su parte, el I Ching, conocido como el Libro de las Mutaciones, muestra entre los chinos, una concepción milenaria de cambio permanente dentro de una estructura cíclica. Cada hexagrama está inscripto en una rotación que pretende dar cuenta de las diversas transformaciones de la realidad, en base a una concepción sincrónica de sus determinaciones. Y, preciso es decirlo, la sincronía, la noción de un tiempo simultáneo, rompe la linealidad.

El núcleo del reclamo sostenido por las Madres refiere a la defensa de principios éticos: la vida como innegociable, y por lo tanto como única, insustituible; la justicia como condición de existencia de la comunidad.

Desde hace 23 años, todos los jueves, las Madres de Plaza de Mayo y un número variable de manifestantes reproducen ese gesto circular, sobre una superficie que sigue siendo el centro del poder político en nuestra sociedad. Vuelvo a las preguntas, ¿qué imágenes nos entrega esta organización dislocada del espacio-tiempo habitual, en pleno trajín burocrático-administrativo de una sociedad capitalista dependiente?

El núcleo del reclamo sostenido por las Madres refiere a la defensa de principios éticos: la vida como innegociable, y por lo tanto como única, insustituible; la justicia como condición de existencia de la comunidad.

Me gustaría que prestemos atención a los términos “defensa” y “principios”. ¿Qué nos parece que son los principios? En una primera aproximación diremos que aluden al inicio de algo, a su base o fundamento. Bien, como tales, están presentes en todas las definiciones de la ética, al punto de utilizarse a veces como sinónimos. Distintas escuelas filosóficas, por un lado, distintas culturas, por otro, han desarrollado concepciones éticas a partir de algún principio rector: la búsqueda de la felicidad, la diferenciación entre el bien y el mal, el rescate del placer, la justicia, la dignidad humana, la sabiduría. Siempre un principio ético supone la condensación cultural de una experiencia válida para el grupo que lo postula. Implica por eso una construcción, no un don externamente recibido (lo que suele llamarse, trascendental). Sin embargo, si bien potencialmente podríamos trazar y reconstruir la elaboración histórica de toda ética, para quien crece en ella se trata de una incorporación de principios constituidos, que en todo caso y bajo condiciones dadas, se podrán desmontar y analizar críticamente a fin de reconocerlos como válidos para cada uno. Digamos que algunas culturas favorecen más que otras este proceso crítico en la incorporación de valores, pero desarrollar este tema nos llevaría hacia otros puertos distintos del que queremos alcanzar hoy. Lo que propongo tomar de este pequeño desarrollo, es más bien, la idea de que si el balance frente a los principios de la propia cultura resulta positivo, éstos, por definición, existen ya, no tenemos que construirlos ni buscarlos como algo desconocido o ausente en nuestro horizonte social. Frente a ellos lo que cabe es experimentarlos en nuestra situación única de seres vivos, ponerlos a prueba, medirnos con ellos, pero no hay allí una lucha teórica por definirlos: nuestra inevitable demarcación cultural nos los ha dado, los conocemos, vivimos y creamos signados por ese saber.

Esto en cuanto a la dimensión de lo que llamamos principios. El otro término que les pedí retener es el de “defensa”. Unos valores conocidos y respetados por nosotros mismos, desde el punto de vista de nuestra condición, sólo cabe defenderlos. Como esbocé antes, no tenemos que salir en su búsqueda, en su exploración, sino que los contenemos como patrimonio humano, si bien atravesado por la cultura de pertenencia. Somos ya dueños de ellos, y por ese convencimiento pues, los defendemos. Cuando las Madres señalan: “la vida no tiene precio”, no están inventado una ética nueva, sino que recuperan un saber ancestral, bien que permanentemente violado por el capitalismo; defienden ese principio, –más aún, lo han extraído de la ciénaga del terror, desde el mismo instante en que crearon el espacio físico para el reclamo: la marcha circular en la Plaza de Mayo durante la dictadura y lo mantienen hoy, como una joya única que delimita el espacio de lo que no resulta intercambiable.

Vamos arrimando segmentos de una reflexión: defensa de los principios, espacio circular donde esto se expresa.

En el libro Historia de las Madres de Plaza de Mayo, confeccionado a partir de una serie de charlas donde ellas se cuentan a sí mismas, leemos: “No me gusta que le digan ronda, porque eso es girar sobre lo mismo y nosotras vamos hacia algo...” Desde luego, hay aquí una intención clara de responder a la idea negativa sobre el círculo, aquella que lo ve, y por extensión ve a las Madres y a esta herramienta de lucha, como algo estático, cerrado, anclado en el ayer. Necesitamos deslindar varios temas implícitos en estas formulaciones. En primer término la idea de que la alusión directa de su manifestación en la Plaza, vale decir, la desaparición de sus hijos, es un hecho del pasado. Partimos de la base que la desaparición forzada de personas representa un crimen permanente, que no cesa de cometerse hasta que aparece la víctima. De este modo, el pasado, en rigor, no ha terminado de pasar: los desaparecidos continúan desaparecidos, los asesinos están libres. Si como estuvimos viendo, la circularidad en general nos plantea otro modo de representar el tiempo, distinto del escalonamiento irreversible entre pasado, presente y futuro, la circularidad física que nos proponen las Madres de Plaza de Mayo posibilita la integración de las tres instancias establecidas por la cultura dominante para producir la ilusión del ordenamiento temporal. Integración que podríamos describir así: Mientras giramos alrededor de la Pirámide, los desaparecidos, (vinculados al pasado en la concepción temporal clásica y en el pensamiento del establishment) están nuevamente allí, como prueba de un proyecto transformador de la realidad y como testimonio del crimen político cometido para neutralizar esa transformación; la impunidad, nuestro oscuro, presente, surge por contraste sobre los pañuelos blancos que continúan sin recibir respuesta; en tanto que la justicia no vista, no conocida, pero celosamente resguardada como punto de arranque necesario para la construcción de una sociedad democrática, es decir, el futuro, nace de cada paso que al darse, afirma el círculo en la Plaza.

Un segundo tema corresponde a la dimensión estática que se le atribuye a la marcha circular. El pintor suizo Paul Klee, en Bases para la estructuración del arte, destaca al círculo como “una de las formas más puras del movimiento”. Pero, a parte de lo que Klee nos descubra, a simple vista y sin interiorizarse uno de la causa que convoca a ese conjunto de personas que marchan, se advierte un movimiento, nuestros sentidos y nuestros pasos nos dicen que esta marcha gira. ¿Hacia dónde? Exactamente al revés que las agujas del reloj, es decir, al revés de la convención occidental estatuida para calcular el tiempo. Historizando este movimiento giratorio, recordemos lo que las Madres relatan. Cuando ya eran un grupo importante en la Plaza de Mayo, después del 30 de abril pero todavía en el año 77, la policía comenzó a amenazarlas para que abandonaran la Plaza, a la voz de .¡circulen, circulen!.. Ellas comenzaron a marchar y, como sabemos, no se han detenido. Tomaría puntualmente de este relato y para esta reflexión, la bifurcación creativa que producen: frente a la orden de dispersión, ya que con su presencia violaban el estado de sitio impuesto por la dictadura, instalan una permanencia decisiva de cara a esa prohibición, y yo diría que clave, frente al desarrollo histórico posterior, precisamente, el período que nos dimos a analizar en este seminario; clave por ejemplo frente a la inclusión de los otros, no Madres, en esa marcha circular que ya, incontrastablemente, no puede calificarse de estática, hermética ni perimida. La permanencia se me presenta como el meollo de ese girar al revés de como manda el reloj; si la idea inmediata, la más cercana respecto de nuestra percepción del tiempo, se vincula con su fugacidad, este giro hacia la izquierda de la marcha circular nos está entregando la constancia.

En el deseo incumplido de que las Madres abandonen la plaza está contenido el desprecio por la estructura ética del accionar humano tanto como la ignorancia de que un círculo carece de fin, permanece, y particularmente para este caso, detiene el fluir del tiempo.

La permanencia, entonces, es otro elemento que, junto a la circularidad, como detención y contraste del curso lineal, y la defensa de principios, como carnadura de su dimensión ética, recuperamos para nuestro análisis.

Estamos en condiciones, creo, de formular la hipótesis que subyace a estas reflexiones: la herramienta de lucha forjada por las Madres de Plaza de Mayo, una marcha circular, se corresponde con el contenido ético de esa misma lucha. En otras palabras, el fondo ético se expresa por la forma círculo.

Avanzando un poco más sobre esta hipótesis, diríamos que la marcha circular, que expresa contenidos éticos, trae como correlato la permanencia. Veamos esto. Ni el círculo ni las definiciones éticas, por su propia constitución, admiten el abandono o la adhesión esporádica. Por no admitir el abandono, al círculo, recordamos, le cabía el mote occidental de “vicioso”; por no admitir negociación, la defensa de los principios trae aparejada, en tiempos de fofo posmodernismo, el calificativo de .duras, muy duras, violentas. estas Madres.

Desde ya, estas hipótesis que trato de fundamentar son a la vez, propuestas de discusión.

Una lucha que permanece, entonces. También en el período que nos toca analizar han continuado desarrollándose las Marchas de la Resistencia. Este año será la número 19, entre el 30 y el 31 de diciembre. Resistencia, permanencia, defensa de los principios y circularidad. Creo que todos estos términos, que no son sólo palabras sino prácticas concretas, están relacionados. A tal punto que otros sectores en lucha, en el mundo o en el país, los adoptan para sí. Por tomar dos ejemplos cercanos en el tiempo: los correntinos han llamado a su manifestación de repudio “la Plaza del Aguante”, su acción política está inscripta en la permanencia, en la resistencia traducida en este caso como “el aguante”, en el reclamo ético contra la corrupción gubernamental y, también aquí, en la circularidad. Leo una crónica realizada por Oscar Castelnovo para el periódico Acción: “Cada pequeño o gran éxito del Aguante es celebrado estruendosamente con marchas que giran, a ritmo de palmas y percusión de comparsa, en torno a la Plaza. De este modo, por ejemplo, se festejó la caída de Tato Romero Feris y la destitución de sus gobernadores. ‘Chirolitas’, según los correntinos, Pedro Braillard Poccard y Víctor Maidana.” Otro ejemplo. Tras lo que conocemos como la Masacre de Ramallo, el pueblo realizó un acto en repudio a la brutalidad policial y en homenaje a sus vecinos asesinados. La crónica periodística relata que reunidos frente al edificio del banco, decidieron realizar una marcha circular alrededor de la manzana donde sucedió la matanza.

Un par de acotaciones más sobre la permanencia como rasgo de lucha. Cuántas veces, y no únicamente desde la derecha, en particular para el período que estamos analizando, se escuchó decir “¿hasta cuándo van a seguir dando vueltas en la Plaza?” O bajo otra fórmula: “las Madres deberían ir a las puertas de las fábricas”, etc., etc. Al primer orden de críticas han adherido los gobiernos de Alfonsín y Menem, constructores y responsables de la impunidad, quienes deberían haber sospechado que las Madres seguirían luchando, con redoblados esfuerzos, contra sus políticas antipopulares; pero también una parte significativa del propio movimiento de derechos humanos, que reprochándoles dureza en sus posiciones, prefirió la blanda negociación en los despachos oficiales. En el deseo incumplido de que las Madres abandonen la plaza, está contenido el desprecio por la estructura ética del accionar humano tanto como la ignorancia de que un círculo, por definición, carece de fin, permanece, y particularmente para este caso, detiene el fluir del tiempo, va contrarreloj, interrumpe, allí donde otros anhelaban que todo pasara rápido y sin dejar huellas.

El segundo orden de críticas, el de las fábricas, no conlleva la indignidad de las que acabo de referir, sino que pone en evidencia el choque de paradigmas entre una izquierda sin reflexión sobre la dimensión ética de la lucha revolucionaria y, en cierto modo, sin registro de las formas específicas en que esa lucha se viene desarrollando en nuestra sociedad, y la práctica concreta de las Madres. Es bueno recordar que en el desarrollo de la lucha de las Madres de Plaza de Mayo, así como existen cambios en la captación del camino elegido por sus propios hijos, desde el imperioso reclamo de saber dónde están hasta decirse “paridas por ellos”, habiendo asumido para sí el sentido político de sus luchas; también constatamos la incorporación de nuevos reclamos sociales, laborales, económicos, culturales, entre otros, a su exigencia esencial de aparición con vida y cárcel a los genocidas.

Dejando sentada esta plasticidad o apertu- ▶

Sandra Cartasso

ɛntre ética y
ɔostdictadura”
ZQUEZ

ntre ética y
ostdictadura”



Sandra Cartasso

*ɪmo sostenido
refiere a la
cipios éticos:
negociable,
omo única,
usticia como
cistencia de
idad.*

el bien y el mal, el rescate del placer, la justicia, la dignidad humana, la sabiduría. Siempre un principio ético supone la condensación cultural de una experiencia válida para el grupo que lo postula. Implica por eso una construcción, no un don externamente recibido (lo que suele llamarse, trascendental). Sin embargo, si bien potencialmente podríamos trazar y reconstruir la elaboración histórica de to-
a ética, para quien crece en ella se trata de una
corporación de principios constituidos, que en
do caso y bajo condiciones dadas, se podrán
esmontar y analizar críticamente a fin de reco-
ocerlos como válidos para cada uno. Digamos
ue algunas culturas favorecen más que otras es-
proceso crítico en la incorporación de valores,
ero desarrollar este tema nos llevaría hacia otros
uertos distintos del que queremos alcanzar hoy.
o que propongo tomar de este pequeño desa-
ollo, es más bien, la idea de que si el balance
ente a los principios de la propia cultura resul-
positivo, éstos, por definición, existen ya, no
enemos que construirlos ni buscarlos como al-
o desconocido o ausente en nuestro horizonte
ocial. Frente a ellos lo que cabe es experimen-
rlos en nuestra situación única de seres vivos,
onerlos a prueba, medirnos con ellos, pero no
ay allí una lucha teórica por definirlos: nuestra
evitable demarcación cultural nos los ha dado,
s conocemos, vivimos y creamos signados por
se saber.

Esto en cuanto a la dimensión de lo que lla-
amos principios. El otro término que les pedí
etener es el de “defensa”. Unos valores conoci-
os y respetados por nosotros mismos, desde el
unto de vista de nuestra condición, sólo cabe
efenderlos. Como esbocé antes, no tenemos que
lir en su búsqueda, en su exploración, sino que los contenemos como patrimonio humano, si bien atravesado por la cultura de pertenencia. Somos ya dueños de ellos, y por ese convencimiento pues, los defendemos. Cuando las Madres señalan: “la vida no tiene precio”, no están inventado una ética nueva, sino que recuperan un saber ancestral, bien que permanentemente violado por el capitalismo; defienden ese principio, –más aún, lo han extraído de la ciénaga del terror, desde el mismo instante en que crearon el espacio físico para el reclamo: la marcha circular en la Plaza de Mayo durante la dictadura y lo mantienen hoy, como una joya única que delimita el espacio de lo que no resulta intercambiable.

Vamos arrimando segmentos de una reflexión: defensa de los principios, espacio circular donde esto se expresa.

En el libro Historia de las Madres de Plaza de Mayo, confeccionado a partir de una serie de charlas donde ellas se cuentan a sí mismas, leemos: “No me gusta que le digan ronda, porque eso es girar sobre lo mismo y nosotras vamos hacia algo...” Desde luego, hay aquí una intención clara de responder a la idea negativa sobre el círculo, aquella que lo ve, y por extensión ve a las Madres y a esta herramienta de lucha, como algo estático, cerrado, anclado en el ayer. Necesitamos deslindar varios temas implícitos en estas formulaciones. En primer término la idea de que la alusión directa de su manifestación en la Plaza, vale decir, la desaparición de sus hijos, es un hecho del pasado. Partimos de la base que la desaparición forzada de personas representa un crimen permanente, que no cesa de cometerse hasta que aparece la víctima. De este modo, el pasado, en rigor, no ha terminado de pasar: los desaparecidos continúan desaparecidos, los asesinos están libres. Si como estuvimos viendo, la circularidad en general nos plantea otro modo de representar el tiempo, distinto del escalonamiento irreversible entre pasado, presente y futuro, la circularidad física que nos proponen las Madres de Plaza de Mayo posibilita la integración de las tres instancias establecidas por la cultura dominante para producir la ilusión del ordenamiento temporal. Integración que podríamos describir así: Mientras giramos alrededor de la Pirámide, los desaparecidos, (vinculados al pasado en la concepción temporal clásica y en el pensamiento del establishment) están nuevamente allí, como prueba de un proyecto transformador de la realidad y como testimonio del crimen político cometido para neutralizar esa transformación; la impunidad, nuestro oscuro, presente, surge por contraste sobre los pañuelos blancos que continúan sin recibir respuesta; en tanto que la justicia no vista, no conocida, pero celosamente resguardada como punto de arranque necesario para la construcción de una sociedad democrática, es decir, el futuro, nace de cada paso que al darse, afirma el círculo en la Plaza.

Un segundo tema corresponde a la dimensión estática que se le atribuye a la marcha circular. El pintor suizo Paul Klee, en Bases para la estructuración del arte, destaca al círculo como “una de las formas más puras del movimiento”. Pero, a parte de lo que Klee nos descubra, a simple vista y sin interiorizarse uno de la causa que convoca a ese conjunto de personas que marchan, se advierte un movimiento, nuestros sentidos y nuestros pasos nos dicen que esta marcha gira. ¿Hacia dónde? Exactamente al revés que las agujas del reloj, es decir, al revés de la convención occidental estatuida para calcular el tiempo. Historizando este movimento giratorio, recordemos lo que las Madres relatan. Cuando ya eran un grupo importante en la Plaza de Mayo, después del 30 de abril pero todavía en el año 77, la policía comenzó a amenazarlas para que abandonaran la Plaza, a la voz de .¡circulen, circulen!.. Ellas comenzaron a marchar y, como sabemos, no se han detenido. Tomaría puntualmente de este relato y para esta reflexión, la bifurcación creativa que producen: frente a la orden de dispersión, ya que con su presencia violaban el estado de sitio impuesto por la dictadura, instalan una permanencia decisiva de cara a esa prohibición, y yo diría que clave, frente al desarrollo histórico posterior, precisamente, el período que nos dimos a analizar en este seminario; clave por ejemplo frente a la inclusión de los otros, no Madres, en esa marcha circular que ya, incontrastablemente, no puede calificarse de estática, hermética ni perimida. La permanencia se me presenta como el meollo de ese girar al revés de como manda el reloj; si la idea inmediata, la más cercana respecto de nuestra percepción del tiempo, se vincula con su fugacidad, este giro hacia la izquierda de la marcha circular nos está entregando la constancia.

En el deseo incumplido de que las Madres abandonen la plaza está contenido el desprecio por la estructura ética del accionar humano tanto como la ignorancia de que un círculo carece de fin, permanece, y particularmente para este caso, detiene el fluir del tiempo.

La permanencia, entonces, es otro elemento que, junto a la circularidad, como detención y contraste del curso lineal, y la defensa de principios, como carnadura de su dimensión ética, recuperamos para nuestro análisis.

Estamos en condiciones, creo, de formular la hipótesis que subyace a estas reflexiones: la herramienta de lucha forjada por las Madres de Plaza de Mayo, una marcha circular, se corresponde con el contenido ético de esa misma lucha. En otras palabras, el fondo ético se expresa por la forma círculo.

Avanzando un poco más sobre esta hipótesis, diríamos que la marcha circular, que expresa contenidos éticos, trae como correlato la permanencia. Veamos esto. Ni el círculo ni las definiciones éticas, por su propia constitución, admiten el abandono o la adhesión esporádica. Por no admitir el abandono, al círculo, recordamos, le cabía el mote occidental de “vicioso”; por no admitir negociación, la defensa de los principios trae aparejada, en tiempos de fofo posmodernismo, el calificativo de .duras, muy duras, violentas. estas Madres.

Desde ya, estas hipótesis que trato de fundamentar son a la vez, propuestas de discusión.

Una lucha que permanece, entonces. También en el período que nos toca analizar han continuado desarrollándose las Marchas de la Resistencia. Este año será la número 19, entre el 30 y el 31 de diciembre. Resistencia, permanencia, defensa de los principios y circularidad. Creo que todos estos términos, que no son sólo palabras sino prácticas concretas, están relacionados. A tal punto que otros sectores en lucha, en el mundo o en el país, los adoptan para sí. Por tomar dos ejemplos cercanos en el tiempo: los correntinos han llamado a su manifestación de repudio “la Plaza del Aguante”, su acción política está inscripta en la permanencia, en la resistencia traducida en este caso como “el aguante”, en el reclamo ético contra la corrupción gubernamental y, también aquí, en la circularidad. Leo una crónica realizada por Oscar Castelnovo para el periódico Acción: “Cada pequeño o gran éxito del Aguante es celebrado estruendosamente con marchas que giran, a ritmo de palmas y percusión de comparsa, en torno a la Plaza. De este modo, por ejemplo, se festejó la caída de Tato Romero Feris y la destitución de sus gobernadores. ‘Chirolitas’, según los correntinos, Pedro Braillard Poccard y Víctor Maidana.” Otro ejemplo. Tras lo que conocemos como la Masacre de Ramallo, el pueblo realizó un acto en repudio a la brutalidad policial y en homenaje a sus vecinos asesinados. La crónica periodística relata que reunidos frente al edificio del banco, decidieron realizar una marcha circular alrededor de la manzana donde sucedió la matanza.

Un par de acotaciones más sobre la permanencia como rasgo de lucha. Cuántas veces, y no únicamente desde la derecha, en particular para el período que estamos analizando, se escuchó decir “¿hasta cuándo van a seguir dando vueltas en la Plaza?” O bajo otra fórmula: “las Madres deberían ir a las puertas de las fábricas”, etc., etc. Al primer orden de críticas han adherido los gobiernos de Alfonsín y Menem, constructores y responsables de la impunidad, quienes deberían haber sospechado que las Madres seguirían luchando, con redoblados esfuerzos, contra sus políticas antipopulares; pero también una parte significativa del propio movimiento de derechos humanos, que reprochándoles dureza en sus posiciones, prefirió la blanda negociación en los despachos oficiales. En el deseo incumplido de que las Madres abandonen la plaza, está contenido el desprecio por la estructura ética del accionar humano tanto como la ignorancia de que un círculo, por definición, carece de fin, permanece, y particularmente para este caso, detiene el fluir del tiempo, va contrarreloj, interrumpe, allí donde otros anhelaban que todo pasara rápido y sin dejar huellas.

El segundo orden de críticas, el de las fábricas, no conlleva la indignidad de las que acabo de referir, sino que pone en evidencia el choque de paradigmas entre una izquierda sin reflexión sobre la dimensión ética de la lucha revolucionaria y, en cierto modo, sin registro de las formas específicas en que esa lucha se viene desarrollando en nuestra sociedad, y la práctica concreta de las Madres. Es bueno recordar que en el desarrollo de la lucha de las Madres de Plaza de Mayo, así como existen cambios en la captación del camino elegido por sus propios hijos, desde el imperioso reclamo de saber dónde están hasta decirse “paridas por ellos”, habiendo asumido para sí el sentido político de sus luchas; también constatamos la incorporación de nuevos reclamos sociales, laborales, económicos, culturales, entre otros, a su exigencia esencial de aparición con vida y cárcel a los genocidas.
Dejando sentada esta plasticidad o apertu- ▶



ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

ra de un grupo de mujeres bastante mayores, digamos que es por lo menos excesivo pretender que, además de haber desafiado a la dictadura militar y sus cómplices civiles y de continuar hoy en el centro de la Plaza, cuestionando cada acto de injusticia, estén en las puertas de las fábricas, en los barrios, en las escuelas... Desde luego, lo increíble es que de todos modos están, también allí están. De cualquier manera, me parece verificable la dificultad que la izquierda, en general, ha demostrado para incorporar como válida una forma de lucha que contradice, en un primer análisis, la concepción progresiva de la acción política. Detengámonos en esta afirmación, no sin antes puntualizar que cuando hablo de "la izquierda", distingo un espacio político-cultural en el que me incluyo, y si algunas de las dificultades que voy señalando no las reconozco como propias, sí lo es la preocupación por lograr una práctica común de mayor alcance y la responsabilidad de estar todavía muy lejos de haberlo conseguido. Dicho esto, y volviendo a la sugerencia de que a la izquierda le cruje esta marcha circular y su concomitante dimensión ética, tal vez podamos acordar que, teniendo afinidad con los objetivos de su lucha, habiendo hecho propias, incluso, algunas consignas impulsadas por las Madres como Juicio y castigo a los culpables o Cárcel a los genocidas, su expresión circular tanto sea de los días jueves como de la Marcha de Resistencia, ha sido sólo marginalmente incorporada a sus propias prácticas.

Se nos plantea, entonces, como insoslayable la política que produzca el tránsito desde el sustancial resguardo ético hasta su concreción en obras objetivas, esto es: libertades del pueblo para crear su sociedad de justicia, castigo real para los genocidas.

Nos vamos acercando a otro aspecto que quería compartir con ustedes, el de la dimensión política de estos actos, para ir estableciendo las relaciones entre ética y política que motivaron estas reflexiones. Creo que no es necesario abundar sobre el impacto político que la lucha de las Madres ha provocado tanto en el período dictatorial como en el de la postdictadura. Está, sin embargo, latente el interrogante sobre si la dimensión ética no lastra la acción política. Si la adhesión a principios innegociables no inhibe el despliegue pragmático considerado como propio del espacio político.

Desde esta perspectiva suele asimilarse la defensa de principios a una opción "virtuosa", pero algo así como paralítica. En los últimos años, en boca del pseudoprogresismo de la Alianza, se impuso la expresión actitud testimonial para dar cuenta de las posturas de quienes, se dice, son éticos, sí; pero perfectamente "inútiles". Más allá de que anhelamos estar a salvo de su pragmatismo (de padecerlo tanto como de ejercerlo), debemos advertir que existe un debate, por detrás de estas afirmaciones, acerca de la especificidad de lo político y, más concretamente, acerca de la autonomía del poder. La tradición del realismo, inspirada en las proposiciones de Maquiavelo –que por su parte libraba lucha contra el dominio ideológico y material de la Iglesia Católica– fija la autonomía de lo político como un avance respecto de las pretensiones de la moral de entender en sus asuntos específicos.

De mi parte, prefiero la acotación de Marx acerca de que lo político ocupará tantos lugares y asuntos como los trabajadores descubran que allí vive y se desarrolla la lucha de clases. Si la burguesía busca despolitizar, la tarea consistirá en politizar lo que ésta acepte como natural. Desde esta visión, no hay espacio único, soberano, de la acción política, ésta se inmiscuye dialécticamente en el conjunto de la realidad social; de este modo el vínculo entre ética y política se traducirá en relaciones de mayor o menor tensión, pero nunca en relaciones de exterioridad. Diría que cuanto más autónoma se reclama la acción política, más arraigado resulta su sustrato moral –entendiendo por moral una regla establecida sobre el deber ser–, sólo que ese sustrato no se hace explícito.

Como vimos, las Madres manifiestan que "van hacia algo". ¿Cómo se expresa esa proyección? Habíamos dicho que los principios no se buscan, sino, se defienden. Pero si quienes marchamos en forma circular vamos "hacia algo", dentro de esta lucha definida hasta ahora como ética, debe haber un núcleo diferente de los principios, –aunque no por eso, opuesto– que es necesario buscar, construir, conquistar, y para lo cual el símbolo del círculo no resulta suficiente. En efecto, el respeto de la vida en todas sus dimensiones y la cárcel para los genocidas, constituye algo a todas luces por conquistar materialmente en nuestra sociedad. En tanto principios los tenemos con nosotros, sin embargo, en tanto realidad material entra en el campo de lo todavía no alcanzado. Se nos plantea, entonces, como insoslayable la política que produzca el tránsito desde el sustancial resguardo ético hasta su concreción en obras objetivas, esto es: libertades del pueblo para crear su sociedad de justicia, castigo real para los genocidas.

Sandra Cartasso

Esa conquista sólo parece posible a través de una transformación profunda de la sociedad, lo cual implica la participación progresiva e inclusiva de las clases oprimidas, y en ese aspecto, una estrategia global que intente coordinar y darle un sentido a estas relaciones de fuerza. Vemos aparecer en plenitud el despliegue político más o menos tradicional. Otra hipótesis toma cuerpo: la promesa de esa transformación sólo será posible a partir de la defensa innegociable de los principios contenidos en la marcha circular de las Madres. Por eso, el participar de una marcha de los jueves, de una Marcha de Resistencia, no supone un paseo o una "ronda" en el sentido menos solemne del término, representa la autoafirmación de que el cambio político profundo en nuestro país se consumará con esos referentes éticos irrenunciables o, de lo contrario, acumulará fuerzas sí, pero para precipitarlas luego en desastres ético-políticos cada vez más intensos. Baste recordar la formidable acumulación de voluntades lograda en torno a la promesa de justicia, durante el gobierno de Alfonsín, y la posterior sumersión de las expectativas populares que implicó la letra de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, tanto como los procedimientos de movilización y manipulación utilizados para imponerlas.

Estoy introduciendo aquí otro aspecto para pensar el difícil casamiento entre ética y política, que no obstante, las Madres verifican como real y posible. Desde un enfoque materialista, que es aquel en el que nos inscribimos, la ética revolucionaria ha de surgir con la propia revolución, nunca antes. Hay, por lo tanto, una especie de vacío ético en el nivel de las formulaciones teóricas (no forzosamente en los sujetos revolucionarios mismos), vacío ético promovido por la batalla contra las adherencias de una ética idealista, formalista, que se maneja con abstracciones formuladas de antemano para todo tiempo y lugar.

Sin embargo, Ernesto Guevara en El socialismo y el hombre en Cuba, un artículo publicado originalmente en el periódico Marcha de Montevideo y reproducido en el año 1965, en nuestro país, por la revista La Rosa Blindada, destaca una ética que, sospechamos, llegó con él a la Revolución y luego, viviendo y creando en ella, en la Revolución específicamente cubana, se enriqueció y profundizó aún más, dando nuevos frutos, como por ejemplo, el propio texto suyo que acabo de citar. Leemos allí: "Cada uno de los combatientes de la Sierra Maestra que alcanzó algún grado superior en las fuerzas revolucionarias, tiene una historia de hechos notables en su haber. En base a éstos lograba sus grados. Fue la primera época heroica en la cual se disputaban por lograr un cargo de mayor responsabilidad, de mayor peligro, sin otra satisfacción que el cumplimiento del deber. En la actitud de nuestros combatientes se vislumbraba el hombre del futuro". Y agrega más adelante, "Encontrar la fórmula para perpetuar en la vida cotidiana esa actitud heroica es una de nuestras tareas fundamentales desde el punto de vista ideológico".

¿Planteo esto mismo de otro modo, ¿cuándo "empieza" la Revolución? ¿cuándo, por lo tanto y desde una postura materialista, intervienen los principios éticos?

Me arriesgaría a decir que donde existe un núcleo, un círculo, de postulados éticos que se defienden con la propia vida (y aquí me refiero, principalmente, a las acciones cotidianas, a la lucha del día), con ese círculo, entonces, ha empezado la revolución. Y podríamos agregar que, mientras ese círculo se mantenga, ésta no habrá sucumbido. Lo formulamos en forma más sintética: Cuando políticamente la revolución no es todavía posible, éticamente, en cambio, es ya realizable. Entre nosotros, una marcha circular de veintitrés años de duración lo demuestra para quien lo quiera ver.

Una doble pregunta se desprende de las anteriores: Por un lado, ¿por qué es política la lucha ética? Por otro, ¿por qué la lucha política no puede desprenderse, sin menoscabo, de sus postulados éticos? A la primera pregunta podríamos responder que la lucha basada en pretensiones éticas, al hacer referencia a principios, da en el centro del poder, un poder que se siente en jaque porque ha abandonado todo principio o nunca los ha hecho propios, ha negociado, ha traicionado para llegar a ser lo que es, poder opresor. Tal actitud le arroja en la cara lo que ese poder no tiene o, peor aún, dice que no es posible tener. Las posiciones éticas en lucha, especialmente aquellas que se manifiestan en el espacio público, demuestran que sí se puede actuar de acuerdo a valores y denuncian por eso la iniquidad del poder que prescinde de ellos. En ese sentido, la lucha ética es política en sí (por lo que su sola presencia denuncia) y también lo es relacionalmente, porque aspira a la destrucción del sistema político que no contempla principios éticos.

El otro segmento de esta pregunta doble: ¿Puede la política desprenderse de su base ética sin que esto le provoque mella o fractura? Partimos de la base que toda acción política se rige por principios, por una concepción del ser humano y de la sociedad, independientemente de que esas concepciones se vean convalidadas por la práctica concreta. Si en determinada coyuntura esos principios son dejados de lado para facilitar cierta acción política –conviene aclarar que no estamos hablando aquí de principios impuestos desde afuera o desde una cosmovisión diferente, sino de principios que forman parte del propio programa político– esta política pierde su carácter distintivo respecto de otras estrategias de poder, incluidas las del enemigo, porque derriba una parte sustancial de sí misma en aras de alcanzar una mejor posición pragmática, a la que sin duda podrá acceder, pero ya sin esos principios o con la conciencia de haberlos violado en lugar de preservarlos.

Me arriesgaría a decir que donde existe un núcleo, un círculo, de postulados éticos que se defienden con la propia vida (y aquí me refiero, principalmente, a las acciones cotidianas, a la lucha del día), con ese círculo, entonces, ha empezado la revolución.

Arrimando síntesis, podríamos decir que las relaciones entre ética y política, suponen un delicado equilibrio entre principio y desarrollo. Principio como aquello que no se modifica, que está en sí mismo, que es circular, para usar esta metáfora que vertebra nuestro intercambio de hoy; y desarrollo como aquella práctica que tiende a algo no alcanzado aún, algo que debe construirse o descubrirse, según se prefiera, pero cuya condición es ser la expresión de los principios constitutivos, remarcamos: la expresión desarrollada, activa, presente, de esos principios.

Tanto ética como política, desde nuestra perspectiva, suponen acción, lucha colectiva; sólo que la primera es fundamentalmente defensiva, autoafirmativa, y la segunda, por así decir, prevé lo impredecible, lo creativo, y desde ese plano, explora. Al constituir la ética una acción defensiva establece una relación crítica con el poder, una negatividad que estará siempre pidiendo cuentas, incluso, al poder revolucionario; en tanto que la política se permite mayor ambigüedad en este terreno: forma parte del código del poder en tanto busca concretar una hegemonía favorable a sus principios, que imponga sus leyes al poder opresor, y se separa de ese código justamente cuando, por su programa, extracción, fuerza social constituida, arremete contra él y espera derrocarlo.

Me propuse acercarles unas reflexiones que, incorporando la valiosa experiencia de nuestras Madres, nos involucren en el pensamiento y en la acción a nosotros, los que no siendo ellas, participamos de su lucha; y también para extraer de su praxis categorías de análisis que nos sirvan para pensar e intervenir en otras situaciones, con el aval de haber sido puestas a prueba en la fragua de la Plaza, con pies cansados y espíritu indomable.